

noche, y aderezar el día siguiente las joyas, y una hacanea blanca para Politania, y un valeroso caballo ricamente enjaezado para el rey Apolonio, y mandó llamar á Lenio, el mesonero, para pagarle todo lo que le había costado la Truhanilla, y como no quisiese, le mandó con gran seguridad echar preso en la cárcel.

Viniendo pues á desembarcar el rey Apolonio con su hija Politania, muy ricamente aderezada, dispararon todos los bajeles á un tiempo la artillería, que no parecía sino hundirse la tierra, y puesta en su hacanea y el rey en su caballo, enderezando su vía acia la ciudad, dispararon las trompetas y menestres y atabales, que era gloria de oír y mirar el concierto y aderezo de los caballeros y capitanes, y mas de la gente que acudia por ver á la Truhanilla en tanta majestad puesta. Y como esta nueva se extendiese entre la gente plebeya, que la Truhanilla era hija del rey Apolonio, llegaron estas nuevas al monesterio donde estaba su mujer, la reina Sylvania, la cual del gozo concebido, en congregacion de todas las monjas, se fué al coro, á do dieron gracias á Dios de la conservacion de su hija y marido, y cantaron el *Te Deum laudamus*. Y de consejo de la reina, y de las mas ancianas y sabias, enviaron un embajador, hombre de muchas letras y de grande autoridad, al príncipe Palimedo, suplicándole, que les hiciese tan señalada merced en hacer venir al monesterio al rey Apolonio y á su hija Politania, para poder considerar y ver las maravillas de Dios. Venido el embajador á palacio, aguardó que hubiesen acabado de comer, y teniendo oportunidad, le suplicó al príncipe Palimedo lo que las devotas religiosas le habían suplicado. Y visto su tan buen deseo, le dió palabra que él trabajaria que visitasen aquella tan sancta casa á la tardecita, cuando el sol fuese de caída. Con tan buena respuesta, las monjas tuvieron por bien que la reina no saliese á recibir al rey su marido, sino que se retrajese en su cámara, vistiéndose las ropas riquisimas que traía cuando la pusieron en el ataúd, y su corona de oro en la cabeza, y de allí no se moviese, hasta tanto que la priora entrase por ella. Con esta ordenacion, viniendo el rey Apolonio y la infanta Politania y el príncipe Palimedo al monesterio, salieronles á recibir las monjas, suplicándoles que tan solamente los tres en lo íntimo de la casa entrasen, por mas honestidad de su religion.

Concediendo á su demanda, entráronlos con gran afabilidad en un cuadro que tenían muy aderezado y compuesto, adonde le dieron al rey Apolonio el parabién de haber hallado á su hija, y ellas abrazándola y besándola, que Dios la dotase de su bendita gracia. A cabo de rato, sacaron tres platos, los dos de riquísima colacion, y el otro con la plancha de plomo que hallaron en el ataúd de la reina. Los de la colacion dieron al príncipe y á la infanta, y el de la plancha al rey Apolonio. Y como el rey la mirase y tuviese en sus manos, con los ojos medio llorosos les dijo: «mejor colacion que esta no me podríades dar, reverendísimas madres; y sabed, que aunque me habeis lastimado con la demostracion desta plancha, de otra parte he recibido gran contentamiento en saber que teneis aquí depositado el cuerpo de mi mujer; lo que yo os ruego es que me lo mostreis.» En esto levantóse la priora diciendo: «por servir á vuestra real alteza estamos prestas y aparejadas: aguarde un tantico.» Y entrándose do estaba la reina muy hermosamente compuesta, la sacó en presencia del rey. Y como el rey la viese, casi fuera de sí se alzó de donde estaba asentado, y se la fué á abrazar con los brazos abiertos, diciendo: «¡oh dulcísima y amada mujer mia! ¿Y es posible, descanso mio, que seais vos la que por muerta tenia?— Yo soy, dijo la reina, á quien Dios por su infinita misericordia ha hecho tantas mercedes de apartarme á esta tan santa casa, y volver en vuestra compañía.» La infanta Politania, entendiendo que aquella era su madre, arrojóse

llandose en tierra la besó las manos, y la reina la abrazó con muy sobrada alegría.

El príncipe Palimedo, viendo tan buena coyuntura para pedir lo que ya por muchos días en su corazón encerrado y oculto tenia, se arrojó á los piés del rey Apolonio, suplicándole le diese á la infanta Politania por mujer. El rey Apolonio se lo prometió, dándole en dote el principado de Tiro y el reino de Antioquia, con tal que á las monjas les respondiesen cada año con mil ducados por tiempo de diez años, en gratificacion del servicio y compañía que le habían hecho á la reina su mujer, y la reina les dió la corona de oro que en la cabeza traía, y así se despidió de todas, abrazándolas con abundantísimas lágrimas. Salidos á cabalgar, como los criados y capitanes del rey Apolonio vieron salir aquella tan hermosa dama, reconociéndola decian: «esta no es la reina? Ella me parece.» Unos, «no es,» otros, «sí es.» En sentir y gozar de su apacible y dulce habla, y que el rey, trayéndola de la mano, la ayudó á cabalgar en la hacanea de la infanta, lo creyeron, y estuvieron muy maravillados. Cabalgando el rey y el príncipe Palimedo con la infanta Politania á las ancas de su cuartago, vinieron á palacio, á do era escesiva gloria ver con qué placer y contentamiento, de uno en uno, los criados se arrojaban delante de la reina, y le querían besar las manos, y ella, no consintiendo, los abrazaba haciéndoles mil mercedes.

De allí á pocos días fueron ordenadas las bodas del príncipe Palimedo y la infanta Politania con real preparatorio, en las cuales hubo gran sarao de damas, y danzas y regocijos, y máscaras y torneos. Y como á Lenio el mesonero, que en la cárcel estaba, llegase á su noticia que su esclava la Truhanilla era hija del rey Apolonio, y que había casado con su príncipe y señor, determinó en semejante regocijo de hacer una petición á la infanta Politania, para que le alcanzase perdon del príncipe su marido, y fuese librado de la cárcel. Hecha y venida á manos de la infanta Politania, compadeciéndose dél, recaudó con el príncipe su marido que le soltase, y sin esto que le diese doblado precio de aquello que pagó á los cosarios por ella, y mas los doscientos ducados que los capitanes le dieron, y los ciento que en la nave le dió su padre, pues que justamente eran todos dél, siendo aun esclava suya. Y para esto le hicieron venir delante della, y se arrojó á los piés del príncipe y le besó las manos por tan sobradas mercedes como le había alcanzado.

Acabadas las fiestas tan solemnes de las bodas, determinándose de ir el rey Apolonio con la reina Sylvania su mujer, con toda la flota, y á verse con el rey su suegro, porque ya muy cansado de días estaba, y á regir y gobernar su reino, como era de razon, se despidió del príncipe Palimedo, su yerno, y de la infanta Politania, su hija, con mil sollozos y lágrimas paternas; los cuales los acompañaron con toda la caballería de la ciudad de Efeso hasta el puerto. Pues al embarcar era de oír el estruendo de la artillería, y el ver jugar las banderas por el placer que concebían en recobrar la reina que ya por muerta tenían. Embarcados, en breve tiempo llegaron en Pentapolitania, y allí el suegro les salió á recibir con grandísimo gozo por gozar de la vista de su yerno, el rey Apolonio, y de su hija tan amada, al cabo de veinte años que no los había visto. Y desta tan sobrada alegría cayó malo, y murió. Y quedó el rey Apolonio poseedor y rey universal de toda la Pentapolitania. Y nosotros algun tanto contentos de lo que en su apacible historia habemos leído.

## PATRAÑA DOCENA.

A un ciego, de un retrete,  
Hurtaron cierto dinero,  
Y á otro su compañero,  
Diez ducados de un bonete.

Era un ciego tan avariento, que por su sobrada mezquindad iba solo por la ciudad sin llevar mozo que le guiase, y al comer, comia donde le tomaba la hambre, por ahorrar de costa y no comer tanto; y para recogerse de noche tenia alquilada una pobre casilla, en la cual, á la noche cuando se retraía, se encerraba en ella sin lumbré, como aquel que no la había menester; y cerradas las puertas desenvainaba de una espadilla corta que tenía, y por reconocer si había alguno, daba cuchilladas y estocadas por los rincones y bajo de la cama, diciendo: «ladrones bellacos, esperad, aguardad, ¿ahí estais?» y viendo que no había nadie, sacaba de una cajuela que tenía un talegon de reales, y hacia reseña por retozar y regocijarse con ellos, y ver si le faltaba alguno. Tantas veces continuaba este avaricioso ejercicio, que tuvo dello sentimiento un vecino suyo, el cual hizo un agujero en la pared para de allí ver lo que podía ser aquello de dar cuchilladas por la casa; y como viniese la noche, y el ciego siguiese su necia y acostumbrada costumbre de acuchillar el aire, y él no pudiese ver ninguna cosa á causa que estaba á oscuras, estúvose quedo, y escuchando á cabo de rato sintió contar reales, y después cerrar una cajita. Por lo cual determinó por la mañana, no estando el ciego en casa, de entrar por el terrado y hurtarle los dineros. Quitado que se los hubo, la noche venidera estuvo acechando por ver lo que haría el ciego.

Pues como los hallase menos, maldecíase y quejábale de su mala suerte, diciendo: «¡ay dineros míos de mi corazon! y ¿adónde estais vosotros agora, habiéndos ganado en oraciones, por lo cual os llamaba benditos? No habiades de sufrir que me maldijesen.» En que con estas quejas y otras se acostó en su cama. Levantándose por la mañana, al salir de casa, el ladrón fuéle detrás por ver si se iba á quejar á la justicia, y vido que encontró con otro ciego, que era su compadre, y contándole cómo le habían hurtado los dineros, respondió: «á osadas, compadre, que no me lo hurtan á mí como á vos.» Dijo el otro: «¿por qué?» Respondió: «porque los traigo conmigo.» Y en oír que el ciego decía que los traía consigo, juntó mas con ellos el ladrón para oírlo mejor. El otro importunándole que le dijese dónde, dijole: «compadre, habeis de saber que los llevo en el aforro de mi bonete.» No lo hubo acabado de decir, cuando el ladrón apañó del bonete, y dió á huir. El ciego, en sentir que le quitaron el bonete, apañó del otro ciego diciéndole, que le volviese su bonete que le había hurtado. El otro diciendo que mentía sobre esto vinieron á tal competencia, que se dieron de palos, y el ladrón se fué con los dineros de los dos ciegos (1).

## PATRAÑA TRECENA.

Una niña á Feliciano  
Hurtaron, y él en persona  
De boca de una leona  
Cobró otra por su mano.

Feliciano, hombre de mucha autoridad, y dotado de muchos bienes de fortuna, teniendo una hija pequeña, de teta, que la criaban fuera de la ciudad, se la hurtó un her-

(1) De esta breve anécdota hizo el mismo Timoneda con mayor gracia un paso para representarse, que trasladó Moratin en sus *Origenes*, página 289.

mano suyo pobre, que la echó dos leguas de despoblado entre unas zarzas, por respecto que si aquella niña vivía, imposible era heredar los bienes de Feliciano. Quiso Dios que yendo Erasistrato, riquísimo labrador, á su majada, sintió llorar la dicha niña. Por do hallándola, la llevó á su mujer, la cual criaba otra niña de la misma edad y tiempo, y la puso por nombre Zarcina, pues entre zarzas la halló su marido. Feliciano, por bien que hizo sus diligencias, por ninguna vía pudo hallar ni descubrir rastro de su hija, sino que á cabo de tiempo parió su mujer Roselia un hijo, del cual parto murió; y quedando el hijo le puso por nombre Roselio, que era el mismo nombre de la madre. Y como el hermano que pretendía heredar lo supiese, de puro enojo de allí á pocos días murió. Quedando viudo Feliciano, dándose á caza de monte, siguióse que un día, como la mujer de Erasistrato tuviese á la puerta de la majada su hija propia encima de un poyo, y la hija adoptiva en sus pechos, vino una leona recién parida, y en vella dió á huir, y la leona apañó de su hija, del cual espanto de allí á pocos días murió.

Feliciano, habiendo salido á caza, encontrando con la leona, de un golpe de escopeta la hizo quedar mal de su grado, pensando que llevaba algun animal muerto atravesado en su boca. Y juntando con ella, vió que era una niña muy hermosa, el cual la llevó á su posada, y por haberla tomado de boca de la leona le puso por nombre Leonarda. Así que, trastrocados de hijas los padres, que el uno tenía la del otro sin saberlo, siendo de edad proporcionada ya para haberlas de casar, Erasistrato vino á su casa propia, que tenía dentro de la ciudad; y como Roselio viesse á Zarcina, se enamoró della, en tanto que escondidamente se dieron palabra de casarse el uno con el otro. Viniendo á noticia de Feliciano, tomó á su hijo Roselio, notificándole que si á tal cosa había pasado, que se hubiese prometido con Zarcina, que le desheredaria de todos sus bienes. Negándose Roselio, dijo Feliciano: «agora te conviene pues, hijo mio, que te cases con Leonarda, y hacerte he donacion de todas mis posesiones, y esto es lo que á tí cumple y á mi honra.» Otorgándose Roselio, fué casado con Leonarda. Sabiendo esto Zarcina, dió parte á Erasistrato cómo Roselio estaba prometido con ella antes que se casase con Leonarda. Viniendo Erasistrato á dar parte de lo que pasaba á Feliciano, por jamás lo quiso creer, sino que desabridamente le envió de su casa. Pero el buen viejo de Erasistrato púsole por justicia, y visto el pleito mal parado, determinó Feliciano de enviar á su hijo en Macedonia.

Allegado, tomó amistad con un gentil hombre, dicho Corineo. El cual, teniendo amores secretos con madama Crisolora, mujer de Tiburcio, rico ciudadano, le dió parte dello, y despendía por su respecto liberalmente. Feliciano, importunado por Leonarda, y también por apremialle de su demasiado despendir, tuvo por bien de enviarle á llamar. Venido, en sabello Erasistrato, dió aviso á Feliciano cómo el proceso contra Roselio tenía cerrado, y que lo quería enviar á la corte, que procurase de defendello. En este intermedio sucedió que fueron descubiertos los amores de Corineo por un pariente de madama Crisolora, al cual desafió en campo acusándole de mal caballero, y á ella de adúltera. Aceptándolo Corineo por defension de la dama, escogió el tiempo y su contrario las armas; y pensando que era falsa su querrela, descubrióse á un grande amigo suyo nigromante, por ver qué remedio le podia dar para que saliese con su honra. El cual le respondió, que si tenía algun amigo que entrase por él en batalla, que le remediaría de presto. Diciendo que sí, el cual era Roselio, vinieron los dos en breve tiempo á casa de Feliciano. Recibidos por Roselio, y sabido á lo que venían, fué muy contento de aceptar el desafio, por do les hizo honroso recibimiento en su casa.

Venido el día de su partida, el nigromante les mandó que se trastrocasen los vestidos, y él después con su arte mágica los trastrocó los gestos, de tal manera, que Roselio parecía Corineo, y Corineo Roselio. Estando ya trastrocados, dijo Roselio á Corineo: «pues ves, amigo, en qué riesgo de perder la vida me pongo por sacarte de afrenta, es menester que me saques tú de otro; y es, que en días pasados di fe y palabra de casarme con Zarcina, hija adoptiva de un rico labrador, llamado Erasistrato. Y porque sé que de hora en hora está aguardando el proceso para que me haya de casar con ella, te suplico que si te tomaren por mí, concedas en el matrimonio, pues que de su parte ni de la mía no pienso que puedas perder, hermano mío, ninguna cosa. Contento, despidióse Roselio de su padre Feliciano y de su mujer Leonarda, con el nigromante, á Macedonia.

Pues como quedase Corineo en cuenta de Roselio en casa de Feliciano para mejor guardar la lealtad á su amigo, al punto que se acostaba con Leonarda desenvainaba su espada, y la ponía entre los dos en medio de la cama. Admirada ella de tal novedad, fué á decir á Feliciano. Pues como Feliciano le diese reprehension por ello, y á qué respecto hacia semejante estrañeza, respondió que era por causa de un voto que había ofrecido á Dios cuando vino de Macedonia, y que no se fatigase, que muy presto lo habría cumplido. Estando el negocio desta manera, allegó el proceso de la corte contra Roselio, mandando que, vista la presente, se casase con Zarcina, ó si no, que le cortasen la cabeza. Presentado por Erasistrato delante el juez, proveyó con un alguacil que fuese preso. Yendo Erasistrato con el alguacil, encontraron á Corineo que iba con su paje; y preso, dióle parte el alguacil de lo que pasaba. A lo cual respondió Corineo, que mirase lo que quería Erasistrato dél; que él estaba presto á lo que mandare; porque á Leonarda él juraba á los cuatro Evangelios que no la tenía por mujer, ni á ella en todos los días de su vida se había juntado. Entonces dijo Erasistrato, que pues así era, lo llevase á su posada, y con auto de notorio y buenos testigos se desposase con Zarcina. Contentos, fueron su camino.

A cabo de días no fué hecho esto tan secreto, que Leonarda lo vino á saber, y Roselio allegó de Macedonia, habiendo vencido al contrario de Corineo. Restituido en su propio rostro y asimismo Corineo, con la ciencia y sotleza del nigromante, y tocando á su puerta sintió cómo reñían con su amigo Corineo su padre Feliciano y su mujer sobre el casamiento de Zarcina; y maravillándose de verle en otro gesto, entró Roselio dándose á conocer. Y declarándoles la siguiente maraña, y á qué respecto se había hecho aquello, y notificando á Corineo que estaba fuera de trabajo, se vinieron á abrazar, y asimismo le dijo Corineo cómo se había desposado con Zarcina. Maravillados de tal caso, dijo Roselio: «señor padre, con esto que habreis oído, pienso que serán acabados todos nuestros pleitos, y satisfecho cumplidamente Erasistrato.» Respondió Feliciano: «por mí, contento soy, hijo; pero porque mas sanamente seamos todos satisfechos, llamen á Erasistrato.» Llamado, dándole parte cumplidamente de todo lo que pasaba, y por abonalle tanto á Corineo y evitar pendencias, fué contento el bueno de Erasistrato, replicando, que se tuviese por dichoso Corineo de haberse casado con Zarcina, porque segun sus trazas y condiciones, mostraba ser de linaje. Oyendo esto Feliciano, dijo: «cómo; no es vuestra hija?» Respondiendo Erasistrato que no, preguntóle de qué suerte vino en su poder. Habéndoselo contado, pidióle si los pañales en que iba envuelta la niña se podrian ver. Diciendo que sí, rogóle que fuese por ellos, y juntamente trajese á Zarcina. Traídos, vino á conocer por ellos que Zarcina era su hija; y abrazándola, le dió su bendición. Erasistrato, de ver y oír tan estraño caso, lloraba de sus ojos, diciendo: «asi pluguiese

á Dios, señor Feliciano, que yo hallase una hija que perdí; pero es por demás lo que digo, que sus ternecitas carnes fueron vianda de ferocísimos animales.» Preguntándole de qué manera, contó Erasistrato cómo una leona se la llevó de su majada, del cual espanto fué muerta su mujer. Dijo entonces Feliciano: «¿qué señas me dareis vos della?» Respondió: «señor, una águila de oro que llevaba en el cuello.» Dijo Feliciano: «mirad si es esa que lleva Leonarda en sus pechos.» Mirándola y respondiendo que sí, dijo Feliciano: «pues también es ella vuestra hija.» Abrazado el honrado viejo con Leonarda, dióle su bendición; y preguntándole que le contase el venturoso suceso de venir en su poder, se lo contó, cómo saliendo á caza encontró con la leona y de un golpe de escopeta la mató, y por tomar la niña de su boca la llamó Leonarda. Con esto Corineo vino á descubrirse cómo era hijo de Erasistrato, que habían pasado diez años que no le había visto. Asi que todos, alegres y regocijados, ordenaron las bodas, y fueron casados hermano y hermana con otro hermano y hermana, y vivieron honradamente á servicio de Dios.

*Desde cuento pasado hay hecha comedia llamada Feliciano (1).*

### PATRAÑA CATORCENA.

A un muy honrado abad  
Sin doblez, sabio, sincero,  
Le sacó su cocinero  
De una gran necesidad.

Queriendo cierto rey quitar el abadía á un muy honrado abad y darla á otro, por ciertos revolvedores, llamóle y díjole: «reverendo padre, porque soy informado que no sois tan docto cual conyene y el estado vuestro requiere, por pacificación de mi reino y descargo de mi conciencia, os quiero preguntar tres preguntas, las cuales, si por vos me son declaradas, hareis dos cosas: la una, que queden mentirosas las personas que tal os han levantado; la otra, que os confirmaré para toda vuestra vida el abadía, y si no, habreis de perdonar.» A lo cual respondió el abad: «diga vuestra alteza, que yo haré toda mi posibilidad de habellas de declarar.—Pues, sus, dijo el rey. La primera que quiero que me declareis, es que me digais, yo cuánto valgo; y la segunda, que adónde está el medio del mundo; y la tercera, qué es lo que yo pienso. Y porque no penseis que os quiero apremiar que me las declareis de improviso, andad, que un mes os doy de tiempo para pensar en ello.»

Vuelto el abad á su monesterio, por mas que miró sus libros y diversos autores, por jamás halló para las tres preguntas respuesta ninguna que suficiente fuese. Con esta imaginación, como fuese por el monesterio argumentando entre sí mismo muy elevado, díjole un día su cocinero: «¿qué es lo que tiene su paternidad?» Celándoselo el abad, tornó á replicar el cocinero diciendo: «no deje de decirme, señor, porque á veces debajo de ruin capa yace buen bebedor, y las piedras chicas suelen mover las grandes carretas.» Tanto se lo importunó, que se lo hubo de decir. Dicho, dijo el cocinero: «vuestra paternidad haga una cosa, y es, que me preste sus ropas y rasparéme esta barba, y como le parezo algun tanto y vaya de par de noche en la presencia del rey, no se dará á cato del engaño; así que, teniéndome por su paternidad, yo le prometo de sacarle deste trabajo, á fe de quien soy.»

Concediéndoselo el abad, vistió el cocinero de sus ropas, y con su criado detrás, con toda aquella cerimonia que convenia, vino en presencia del rey. El rey, como le vido, hizole sentar cabe de sí diciendo: «Pues ¿qué hay de nuevo, abad?» Respondió el cocinero: «Vengo delante de vuestra alteza para satisfacer por mi honra.—¿Así? dijo el rey: veamos que respuesta traeis á mis

(1) No hay de esta comedia mas noticia que la que da el autor.

tres preguntas.» Respondió el cocinero: «primeramente á lo que me preguntó vuestra alteza, que cuánto valia, digo que vale veinte y nueve dineros, porque Cristo valió treinta. Lo segundo, que dónde está el medio mundo, es á do tiene su alteza los piés; la causa que, como sea redondo como bola, adonde pusieren el pié es el medio dél; y esto no se puede negar. Lo tercero, que dice vuestra alteza, que diga qué es lo que piensa, es que cree hablar con el abad, y está hablando con su cocinero.» Admirado el rey desto dijo: «qué, ¿eso pasa en verdad?» Respondió: «sí, señor, que soy su cocinero, que para semejantes preguntas era yo suficiente, y no mi señor el abad.» Viendo el rey la osadía y viveza del cocinero, no solo le confirmó la abadía; para todos los días de su vida, pero hizole infinitas mercedes al cocinero.

### PATRAÑA QUINCENA.

Finea, en haber perdido  
Casa, estado y pasatiempo,  
Pedró se llamó, y por tiempo  
Fué juez de su marido.

En la ciudad de Candia residía un rico y viudo mercader, dicho Herodiano, el cual tenía una hija llamada Finea. Y por casarla á su contentamiento y honra la dió por mujer á Casiodoro, mancebo también mercader, natural de Ferrara, con cuantas riquezas y posesiones tenía, con tal pacto y condicion que le había de sustentar todos los días de su vida. Contento Casiodoro, y hechas sus bodas, como á tales personas convenia, á cabo de tiempo se fué para Ferrara, á causa de reducir sus negocios con algunos mercaderes de su patria. Pues como se holgase Casiodoro entre sus parientes y amigos, y se alabase un día en lonja, que había casado mucho á su contentamiento y con hermosa y buena mujer, respondió Falacio, otro mercader de Candia, que estaba presente: «calle, señor, que muchas veces la mujer es buena por no tener quien la recueste.» Por entonces Casiodoro calló como prudente, y despedidos todos de la conversacion tomó aparte á vuestro Falacio, y díjole: «¿señor, á qué respecto quisistes poner mácula en mi mujer?» Respondió: «yo no la puse, por cierto, mas por eso no me desdigo de lo dicho; y es, que porné á perder cien ducados, si recuéstandola no la hago hacer lo que repetidísimas han hecho.» Casiodoro diciendo que no, y él que sí, vinieron á poner sobre esto sus apuestas y á recebillo por auto de notario.

Concertados los inocentísimos mercaderes, vista la presente, se partió Falacio para la ciudad de Candia. Y allegado, púsose á pasear muy requiebradamente por donde estaba Finea, mujer de Casiodoro, infinitísimas veces, y como la hallase tan honesta y retraída, que por ninguna via del mundo le pudiese hablar ni ver á ventana, supo que una vieja, dicha Crispina, tenía entrada y salida en su casa, á la cual por bien que le ofreció dineros y joyas porque manifestase á Finea su pena, nunca lo pudo acabar con ella. Viendo Falacio, que por aquí ningún remedio tenía, volvió la hoja, y fué que le prometió diez ducados, con que le diese algunas señales de su persona, y asimismo las señas de las entradas y salidas de su cámara y lecho. Crispina, codiciosa del dinero, estando un día espulgando á Finea, vido que tenía un lunar en las espaldas, del cual sin hacer sentimiento, le cortó ciertos cabellos, los cuales dió á Falacio con las señas de su aposento y cama, recibiendo los diez ducados ofrecidos. Falacio con esto muy satisfecho y contento se volvió á Ferrara; y dando á Casiodoro las señas de las entradas y salidas de su cámara, afirmó que había obtenido con su mujer Finea, y que por mayor verificación y tes-

timonio le daba cabellos de su persona que le había cortado de un lunar que tenía en las espaldas, los cuales como los viese Casiodoro, y abiertamente conociere que le decia verdad, estuvo un rato suspensio sin poder hablar, y á la postre dijo: «agora conozco, señor Falacio, que hay en mujeres muy poco que fiar; yo he perdido en esta contienda dineros y honra, pues tan locamente la puse en riesgo de cien ducados, no tengo á quien culpar sino á mi mismo; lo que yo mas le suplico deste negocio es, que esté secreta esta demencia mia; y así le dió la fe Falacio tenerlo secreto.

Casiodoro, lo mas presto que pudo, resumió sus tratos, y á cabo de días se embarcó para Candia; y en su pensamiento de continuo iba imaginando, si en llegando mataría ó no mataría á su mujer, y por el grandé amor que le tenía determinó de no matala, sino hacer lo que adelante se dirá. En fin, que llegado que fué á Candia, le salió á recibir Herodiano su suegro y Finea su mujer, con aquella alegría que acostumbran de recibir las buenas y fieles mujeres á sus deseados maridos; y con el mal concepto que tenía ya Casiodoro de su mujer en sus entrañas concebido, fingió un día, estando en sobremesa delante de su suegro, que por haber alabado la bondad y hermosura de su mujer á ciertas parientas suyas, les había dado palabra, del primer viaje que hiciese, de llevarla á Ferrara para que gozasen de su vista y conversacion, y por tanto le suplicaba dello fuese contento. El suegro, vista su justa demanda, hizo que su hija se la concediese. Para esto, en breve tiempo aderezó Casiodoro su nave cargada de mercaderías, y embarcada su mujer en ella, hizo alzar vela, siguiendo su viaje. Ya que á doscientas millas estuvo, mandó á los marineros que tomasen tierra en una isla desierta, fingiendo que estaba deseoso de holgarse en ella. Y así desembarcó de la nave, después de haber comido, tan solamente él y su mujer, y debajo de un árbol, para descansar un poco, se recostaron encima de un alhombra y almohada que de la nave mandó que sacase un criado suyo. No fué echada Finea tan presto, cuando luego en un punto fué adormida. Casiodoro, cuan astutamente pudo, se alejó dejándola durmiendo, y se embarcó mandando alzar vela á los marineros, á la vuelta de Ferrara, á do despachadas sus mercaderías, se volvió para Candia, y dió á entender á su suegro que su hija Finea era muerta de cierta enfermedad que le tomó.

Volviendo á Finea, como despertase y se viese sola debajo de aquel árbol asentada, empezó á decir: «¡ay reina de los ángeles, madre de Dios, y abogada mia y de los tristes pecadores y desconsolados, no me desamparéis en este paso que me veo puesta! ¿En qué yerro soy caída, cuitada de mí, para que mi marido Casiodoro en este desierto me dejase?» Cansada la triste señora de lamentarse y distilar lágrimas por sus rubicundos ojos, y rastrear el bosque y orillas de la mar, se tornó á sentar de do se había levantado, y sacando fuerzas de flaqueza, sacó hilo y aguja y unas tijeras de un estuche que traia, y de la saya se cortó lo mejor que supo un capoténico y una caperuza y zaragüeles, y dejando el traje feminal, se vistió en hábitos de hombre para mejor defension de su castidad, y encomendándose al glorioso san Pedro, porque era su abogado, determinó llamarse de su mismo nombre. Pues yendo el afligido Pedro (porque de aquí adelante así le llamaremos) por aquel desierto, determinando de buscar su ventura, caminó tres días y tres noches sin ver persona nascida, sustentándose de las yerbas que mejor gusto y sabor hallaba, y de continuo oraba y alzaba de rato en rato sus ojos al cielo, pidiendo á Dios que usase con ella de misericordia. Y como á los buenos nunca Dios olvida ni desampara, estando en esto Pedro, vido asomar una navecilla, por do de presto puso en un palo una tohalla, y alzándola en alto, hizo sus señas para que se allegase á tierra.

Allegada, los pasajeros y patron della preguntáronle, qué era la causa que así tan solo iba por aquella isla despoblada; á los cuales respondió, que había escapado de cierta nave que había dado al través bien lejos de allí, y que les suplicaba, por amor de Dios, que lo llevasen á tierra firme. Contentos recogieron á Pedro en la nave, la cual iba para el reino de Chipre, cargada de muy ricas mercaderías, y siendo cerca del puerto, al punto que quisieron entrar en él, tomólos una tan gran fortuna, que les fué forzado de lanzar mucha ropa en la mar para poder salvarse. Entrados, y desembarcadas sus mercaderías, era tanta la competencia que entre los mercaderes había sobre lo que había de perder cada uno, que hubieron de venir á juicio delante del rey, y aun allí no pudiéndose conformar en ninguna manera, dijo Pedro, porque sabía muy bien escribir y contar: «si manda vuestra alteza y me da licencia, yo trabajaré con mi poco saber de apaciguar estos señores mercaderes. Dada por el rey, de presto y con gran facilidad mostró á cada uno lo que había de perder, según la ropa que traía. Vista por los mercaderes tan clara y abiertamente la cuenta, como les había mostrado, se fueron muy satisfechos. El rey de Chipre, enamorado de la habilidad y presteza de Pedro, le dijo que si se quería asentar con él, que se alegraría en extremo. A lo cual respondió Pedro que era muy contento, y le besaba sus reales manos por tan señaladas mercedes. Y así el rey lo recibió á su servicio, y mandó que fuese su secretario real y contador mayor de todo su reino.

Dejemos agora á Pedro con su buena ventura: tornemos á Casiodoro, el cual, como pretendiese que Finea su mujer sería muerta en aquel desierto, empezó á dar de mala á su suegro Herodiano, negándole la sustentación prometida, y sobre esto vinieron á pleito, y ultra que le pedía Herodiano la sustentación suya, vino á pedir también que le diese razón de su hija, porque él no creía que fuese muerta, como él le había dado á entender. Así que, dejemos al suegro con el yerno en su pleito, porque ya los pleitos de sí son largos.

En este comedio, el rey de la misma ciudad de Candia se partió con una nave á visitar la casa santa de Hierusalén, por habello en cierta enfermedad prometido. Pues volviendo de tan santa romería, vino á pasar por la ciudad de Chipre, á do desembarcó para holgarse algunos días, y el rey le hizo solemne recibimiento y muchas galas y fiestas. En esto, como viese Pedro que tenía linda oportunidad para volver á su tierra, dijo al rey de Candia cómo era su vasallo, y que le rogaba, por amor de Dios, cuando á lance le viniese, le suplicase al rey de Chipre que se lo diese para su servicio. Prometiéndoselo, vino un día que, estando los dos reyes juntos, y el rey de Chipre le alabase que tenía de su reino un criado llamado Pedro, muy hábil y esperto en toda cosa, se lo pidió por merced para servicio de su real persona, á lo cual respondió el rey de Chipre: «gran don me ha pedido vuestra alteza, pero no puedo dejar de otorgárselo, por mas grande que fuese; llámenle, y si él es contento, vaya mucho enhorabuena.» Llamado Pedro, y dada noticia de lo que pasaba, respondió: «merced me haría, y muy señalada, vuestra alteza, si tal licencia otorgarme quisiese; porque ya puede pensar que todo hombre naturalmente desea volver á su patria.» Viendo su voluntad, dióselo al rey de Candia, dando á Pedro grandísimos dones. En esto, Pedro se arrodilló delante los reyes, besándoles las manos. Y de allí á pocos días el rey de Candia aderezó su partida, y embarcado juntamente con Pedro, después de haberse despedido del rey de Chipre, siguió la nave su viaje. El cual fué tan bueno que en breve tiempo llegaron á Candia, y fué recibido el rey de los suyos con aquella honra y acatamiento, cual eran obligados y á tal señor pertenecía. Al cabo de seis días murió el regente de su caballería. Por lo cual dió semejante dig-

nidad á Pedro, y él la aceptó en cuenta de grandes mercedes, dándole infinitísimas gracias por ello.

Pues como Pedro fuese regente, y por su capacidad y prudencia hiciese grandes justicias, vino la causa de su padre y marido entre manos. Venidos y comparecidos delante del, y oída la petición de su padre Herodiano, que pedía á Casiodoro, su marido, la sustentación que le negaba, y mas, que le diese certificatoria en qué parte y de qué enfermedad era muerta su hija Finea, proveyó, vista la obligación, que Casiodoro le diese á Herodiano un tanto cada día para su sustentación, y que vista la presente, le pagase lo que hasta allí le debía: y también que dentro de cuatro meses le diese por auto y testigos de fe y de creer, adónde, y de qué enfermedad era muerta su mujer Finea. Pasados que fueron los cuatro meses, como no diese razón de lo proveído Casiodoro, tornó á reconvenir Herodiano delante de Pedro el regente. Y visto por él la poca razón que daba ni tenía en semejante caso, mandó que lo prendiesen y pusiesen en la cárcel á Casiodoro. Puesto, viendo que por jamás en las confesiones había querido otorgar la verdad, mandó que le diesen tormento, fingiendo que tenía testigos recibidos contra él. Casiodoro, atemorizado de los tormentos, vista la presente, confesó toda la verdad, de cómo, por haber alabado la bondad de su mujer, y Falacio vituperado diciendo que pornia cien escudos si no dormía con ella, y él haberlos puesto y el otro ganado, determinó por el mucho amor que le tenía, de no matarla, sino que la dejó en una isla desierta, para que allí de hambre pereciese; y que aquello era sin falta la verdad de lo que le había acontecido con su mujer Finea. Oído por Pedro semejante caso, hizo que lo volviesen á la cárcel, y luego mandó prender á Falacio, el cual por sus tormentos vino á otorgar que no había dormido con Finea; sino que por ganar los cien ducados había dado diez ducados á Crispina, porque le dió señas de su persona y de su aposento y cama, con las cuales había ganado á Casiodoro.

Admirado desto Pedro, mandóle poner en la prisión y tomar á Crispina, á la cual, habiendo confesado la verdad, hizo sentenciar publicando su delito, y á Falacio dió por sentencia que restituyese los cien ducados y el interés de ellos, según el tiempo que los había tenido, y mas, que fuese desterrado perpetuamente de su patria. Hecho todo esto, secretamente se hizo cortar riquísimas ropas de mujer, y mandó soltar á Casiodoro, y para un día señalado aderezó un magnífico y generoso convite, en el cual convidó al rey y á su padre Herodiano, y á su marido Casiodoro. Y después de haber comido, suplicándoles que se aguardase un poco, se entró en su retrete, á do se aderezó de mujer, como naturalmente lo era. Y salida delante del rey, y su padre, y su marido, mandando que todos los criados se saliesen fuera de la sala, se vino á descubrir cómo ella era Finea, hija de Herodiano, y mujer de Casiodoro, y relató en presencia del rey todo el sucesos de sus trabajos acontecidos, por respecto de la inocencia de su marido, y que por haber allegado en aquel estado, daba muchas gracias á Dios y á su alteza, y que, si servido era, aquel mismo le suplicaba diese á su marido. El rey, atónito y maravillado de semejante caso, fué contento, con tal condición, que no pudiese oír su marido ni determinar causa ninguna, sin que primero no estuviese ella presente. Y le hizo sin esto (de ver su voluntad y fortaleza) infinitísimas mercedes. Y desta suerte vivió honradamente Finea con su marido Casiodoro, con muchos, alegres y prósperos años en la ciudad de Candia.

*Deste cuento pasado hay hecha comedia, que se llama Eufemia (1).*

(1) La fábula que con el título de *Eufemia* redujo Lope de Rueda á forma dramática es muy diferente de la que se refiere en esta patraña, con la cual no tiene aquella mas semejanza que la traza usada por el calumniador para ganar la apuesta á espensas de la inocente esposa de su amigo.

## PATRAÑA DIEZ Y SEIS.

Quiso Astiages, por su suerte,  
Del nieta ser homicida,  
Y Harpago, por darle vida  
A su hijo dió la muerte.

En la provincia de Media residía un rey valerosísimo y esforzado, llamado Astiages, el cual tenía una hija, dicha Mandane. Este rey por diversas noches soñó que por la parte natural de su hijo vió nacer una vid con un sarmiento que cubría casi toda la Asia. Para lo cual consultó todos los adivinos de su reino, los cuales le dijeron y declararon con sus interpretaciones, que su hijo había de parir un niño, que por tiempo sería rey, y él le desprivaría del reino. Él, porque tal no fuese ni aconteciese, acordó de no casar á su hija Mandane con varon que fuese de linaje. Y así, vista la presente, la envió á Persia para que casase con Cambises, hombre de mediano estado; mas con toda diligencia de continuo vivía receloso, y mas cuando supo que estaba preñada, por lo cual mandó que fuese venida á su corte, y puesta en su íntimo palacio, le puso guardas para que le avisasen cuando el parto le tomase. Allegada la hora del parir, parió un muy hermoso niño, el cual mandó que Harpago, un criado suyo, de quien mucho se fiaba, vista la presente, lo llevase fuera de la ciudad, y que sin redempción ninguna lo matase. Harpago, tomado que hubo el infante, no le quiso matar, por respecto que si el rey moría no quedase el reino sin heredero, sino que le dió á un pastor suyo para que en una selva desierta lo echase. Echado que fué, el pastor viniendo á su aldea, halló á su mujer recién parida de un niño muerto; y de vella tan congojada contóla lo que había acontecido con el nieta del rey, y de cómo le dejaba en la selva desierta. En oílla la mujer, tantos ruegos y submisiones le hizo, que le indució á que fuese por él. Ido, trájoselo, y puesto en sus brazos, holgóse tanto, que olvidando el dolor de su hijo perdido, rogaba á su marido que se lo dejase criar, que por ser hijo de quien era y nieta de rey, no podía ser sino muy bien gratificada. El pastor, no consintiendo, dijo: «¡oh mujer! no querría que Harpago enviase á la selva á ver si he cumplido su mandamiento.» Conociendo que tenía razón su marido, quitóle los paños reales que el niño traía, y púsoselos á su hijo muerto, y mandóle llevar á la selva desierta que decía. Apenas lo hubo echado, cuando criados de parte del rey vinieron para ver si el pastor había hecho lo que Harpago le había mandado, al cual dieron relación que lo habían hallado muerto en la selva.

Pues, criándose el infante en poder del pastor, púsole por nombre Ciro, porque Cira se llamaba su mujer. Siendo ya de edad de diez años, jugandó con otros mochos á un cierto juego que ellos concertaron, alzáronle por rey, y todos le obedescían y besaban las manos. Uno hubo que no le quiso obedescer, por lo cual mandó que le azotasen. Fueron tales los azotes, que sabiéndolo el padre del mocho, se fué á quejar al rey Astiages, despojándose delante, porque viese cuán mal parado estaba. El rey, admirado de semejante caso, y notificado quién tal había hecho, mandó llamar el pastor, y al infante con él, y preguntando que quién le había dado tal licencia y atrevimiento de castigar de tal manera hijo de ninguno, respondió el infante con rostro sereno: «sepa vuestra alteza que yo ninguna culpa tengo desto, porque jugando me alzarón y dieron dominio de rey, y juraron de obedescerme; y como este no quisiese hacer mi mandamiento, le mandé azotar, porque conociese qué cosa es ser desobediente á su rey; y si desto, señor, merezo pena alguna, aparejado estoy, como obediente vasallo, á lo que mandare. Maravillado el rey de cuán osada y concertadamente había propuesto su razón, estándole mirando en el

rostro, vido que le parecía algun tanto retrato de su hija Mandane; y mas cuando le vino á la memoria el sueño que soñado había, por lo cual dijo al pastor: «¿cuyo hijo es este mocho?» Respondiendo que suyo, mandó que le diesen tormento hasta que dijese la verdad. El pastor de miedo entonces confesó todo lo que había sucedido con el infante, y confiriendo el rey el tiempo del mocho con el día que le mandara echar, conoció claramente ser su nieta, y que el sueño que los magos le habían declarado, con ser rey de los mochos se había cumplido, y que de allí adelante podía vivir sin temor. Mas por eso no dejó de concebir algun odio contra Harpago, porque no había cumplido su mandamiento de matar á su nieta, y por vengarse del, secretamente le mandó matar un hijo que tenía, y mandó que se lo guisasen en diversos manjares, y dándoselo á comer en la mesa, al mejor sabor que estaba comiendo, le preguntó si le sabía bien. Respondiendo que sí, díjole: «pues tu hijo es el que comes, Harpago, y ese es el castigo que merecen los criados que no hacen lo que les manda su rey.» Fué tanto el dolor que Harpago en su ánimo concibió, que luego propuso en cualquier manera que fuese vengarse de su rey Astiages.

Pasaron algunos años con esta disimulación, y el rey á cabo de días envió á Ciro, su nieta, á Persia, donde en ejercicios del arte militar se criaba, y hacia grandes proezas y hazañas, y tenía ganada la voluntad á todos por su buena crianza y afable conversacion. Harpago, que de continuo en su pecho revolvía de qué modo poderse vengar del rey, escribió una carta á Ciro, diciendo: que se acordase de cómo su agüelo el rey Astiages en ser nacido le quería matar, y que él le dió la vida, y que por habérsela procurado le había hecho matar á un solo hijo que tenía, y dado en manjar, y que por no poder oírle ni verle lo tenía desterrado de su corte, y si determinaba de poseer el reino, como de derecho le venía, que allegase mucha gente de armas y viniese sobre Media, que él le prometía con todos los medos (cuando en campaña fuese) de pasarse á su parte. Escripta esta carta, por que pudiese llevarla el portador libre y seguramente, porque estaban los pasos todos tomados por el rey, púsola dentro de una liebre, y al que la llevaba en traje de cazador con sus redes al cuello; y así pasó desta manera en Persia, y dió la carta en manos de Ciro. Vista su buena intención de Harpago, luego aderezó y allegó infinita infantería, y vino sobre el rey Astiages su agüelo. El rey, olvidado de la injuria que por su mano Harpago tenía recibida, dióle el cargo de la batalla para que saliese al encuentro de Ciro. Harpago, en verse con él, se pasó con todos los medos de su parte. Indignado el rey de semejante traición, juntó muy gran hueste y vino sobre Ciro y Harpago, y llevándolos de vencida á los soldados que iban huyendo, salían las madres y sus mujeres al encuentro, que volviesen á la batalla. Y viendo que no querían, alzándose las madres sus faldas y mostrando sus vergüenzas, á voces altas decían: «¿qué es esto? ¿Otra vez queréis entrar en los vientres de vuestras madres?» Los soldados de vergüenza desto volvieron á la batalla con grande ánimo. Por do fué preso el rey Astiages y su campo roto, y vencida toda su gente; y quedando Ciro por rey y señor, no le quitó otra cosa que el reino, y le depositó en un castillo muy bien guardado, y repartió grandes dones con todos sus vasallos, é hizo muchas mercedes á su tan buen amigo Harpago. Y desde entonces feneció la monarquía de los medos, y pasóla Ciro á los persas.

## PATRAÑA DIEZ Y SIETE.

Julian, por ser cabido  
Y amado del rey de Tracia,  
Cupo á Estacio tal desgracia  
Que en carbon fué convertido.

El rey de Tracia, yendo un día á caza de monte, fué ausentado de los suyos por seguir acosadamente á un ciervo, do hallándose solo en un muy áspero bosque y la noche que venía con abundantísima agua, sonó por dos ó tres veces su bocina, y viendo que no era oído de ninguno, determinó de seguir por la parte del caballo mejor le pareciese caminar. Con esta determinación, habiendo caminado un grandísimo rato, cerró la noche y perdió el tino. Do parándose en el desierto y mirando á todas partes, vido una lumbre muy lejos de sí, á la cual encaminó su caballo, y llegando á do la lumbre estaba vido que era una majada en la cual habitaban marido y mujer, y un hijo llamado Julian, de edad de quince años. Y pidiendo si había posada, les suplicó que le acogiesen por amor de Dios aquella noche. Dijéronle que eran muy contentos. Descabalgado que hubo, el hijo Julian le descalzó las espuelas y tomó á cargo de pensar el caballo, y el buen hombre de hacer fuego y enjugarle la ropa, y la mujer de guisalle de cenar. Pues como estuviesen cenando y el rey viese á Julian cuán bien criado y servicial era, dijo al padre: «decidme, señor, ¿por qué teneis este mozo aquí perdido? Dejadlo que vaya á ver el mundo algún poco de tiempo, que no puede perder nada por ello.» En esto respondió la madre diciendo: «no nos niene tal, por amor de Dios, señor, que ya una vez se nos quiso ir con una escopeta á la guerra, y de puras lágrimas mías le hice que se quedase.» Dijo entonces el rey: «certificoos pues, padres honrados, que es mozo para servir delante de un rey; y si el rey de Tracia vuestro señor lo sabe, pasa peligro que no os lo pida para su servicio.» Respondió el padre: «calle, señor, que se quiere burlar de nosotros: dejemos eso aparte, y vámonos á dormir, que es gran noche, y vuestra merced pienso yo que verná cansado.» Dijo el rey: «teneis razon, padre; y así se fueron todos á dormir.

Venida la mañana, ya que esclarecer quería el alba, viérades venir de á pié y de á caballo en busca del rey mucha gente; y como preguntasen á Julian, que estaba á la puerta de la majada, si había visto un caballero desta y desta suerte, y él respondiese que estaba durmiendo, entrados en su cámara, en velle todos, se arrodillaron delante del y le besaron las manos de alegría y de placer que concibieron por haberle hallado. Como Julian lo viese, fué á decir de presto á su padre y madre, que el huésped que habían hospedado era el rey de Tracia. Por lo cual fueron corriendo á besarle las manos, y que les perdonase si no le habían hecho aquel acogimiento y honra que merecía. En esto el rey los alzó de tierra y los abrazó, suplicándoles que á su hijo Julian se lo diesen para su servicio. Contentos y dichosos por ello le aderezaron de las mejores ropas que pudieron; y el rey de Tracia, despidiéndose dellos, se fué para su ciudad acompañado de todos sus caballeros.

A cabo de tiempo, por ser ya de muchos días Estacio gentil-hombre, copero suyo, instituyó á Julian en su lugar. Pues como viese Estacio que el rey no se acordaba del en darle otra dignidad como pretendía, y que Julian privaba tanto en tan poco tiempo, de envidia que le tuvo ordenó una malicia, y fué, que tomando á Julian en puridad le dijo: «mira, hermano, desto que te quiero avisar no me lo debes de tomar á mal, sino agradecerme en grandísima manera, porque como eres novicio en el cargo que te ha dado el rey, y mozo, y no esperi-

mentado, caes en un grandísimo yerro en hablar rostro á rostro con el rey, y le tienes, según yo he oído, amobinado por hederte un poco la boca. Por eso, cuando hablares con él, desvia cuanto pudieres el aliento, y créeme.» Julian con sanísimas entrañas, sin caer en malicia ninguna, ni en él algún engaño, cuando hablaba con el rey desviaba cuanto era posible su rostro. Estacio, viendo que Julian hacía lo que él le tenía aconsejado, tomó al rey en secreto y dijo: «porque conozca vuestra alteza cuán poco hay que fiar en hijos de villanos, y que siempre tiran á su natural, esto muy claramente se ha mostrado en vuestro querido Julian.» El rey, admirado de lo que podía ser aquello, le dijo: «¿cómo, qué es esto que ha hecho?» Respondió: «sabrà vuestra alteza qué va publicando que le hiede la boca, que no hay quien lo sufra; pero si no me cree, tenga mientes en ello, y verá cuando le sirva cómo desvia su rostro del de vuestra alteza.» Teniendo sentimiento el rey de lo que Julian hacía, y que Estacio le había enseñado lo que él no se daba á cato, vista la presente, determinó de hacerle matar. Y porque no le viese morir por el amor que le tenía, fuése un día á holgar fuera de la ciudad, adonde unos leñadores solían hacer carbon, y apartándolos en seguida les dijo: «mirad, buenos hombres, si mañana enviase aquí un criado mío que os diga, ¿habeis hecho lo que el rey os ha mandado? echádmelo vivo y calzado adonde sois hacer el carbon, y muera allí, porque es cosa que me cumple.»

Volviendo el rey á su palacio por la mañana dijo á Julian, que fuese adonde hacían aquellos leñadores el carbon, y les dijese si habían hecho lo que el rey les había mandado. Yendo Julian, como tenía de costumbre por la mañana, de rezar ciertas devociones, y se le hubiesen olvidado, pasando por la iglesia, entróse en ella para habérselas de rezar. Estacio, como supiese lo que el rey tenía ordenado, cobdicioso de ver efectuado su deseo, fuése derecho á los leñateros, y sin dar á cato del daño que le podría sobrevenir, dijo: «buenos hombres, ¿habeis hecho lo que el rey os ha mandado? No lo hubo acabado de decir, cuando ya le hubieron dado un porrazo en la cabeza, y metido en el hoyo del carbon. Salido Julian de la iglesia de rezar sus devociones, como fuése á los leñadores á decilles que si habían hecho lo que el rey les había mandado, diciendo que sí, volviése á decir al rey que ya habían hecho su mandamiento. Espantado el rey de pensar qué podía ser aquello, aguardando que anocheciese, y viendo que Estacio no parecía llamado á Julian, pensando no fuese algún juicio de Dios, diciéndole: «ven acá, ¿Estacio dijote por alguna vía ó manera que yo estaba quejoso de tí?» Respondió: «sepa vuestra alteza que lo que él me dijo fué, que cuando le servia á la mesa, desviase mi rostro, porque le había dicho vuestra alteza que á mí me hedia la boca.» Entonces el rey, dándose con la mano en la frente, conoció el engaño y malicia de Estacio, y que los leñateros le habían quemado, y que Dios le había dado el pago que merecía, por do desde entonces amó mucho mas á Julian.

## PATRAÑA DIEZ Y OCHO.

Porque decía Claudino:  
Dios os guarde de mal hombre,  
Filemo por propio nombre  
Se enojaba de continuo.

Claudio, sastré, teniendo otro vecino calcetero delante su casa, llamado Filemo, cada mañana que le saludaba, después de buenos días y buenas noches, le decía: «Dios os guarde de mal hombre y de mala mujer, señor compadre.» Tantas veces se lo dijo, que le respondió: «¿qué me puede hacer á mi mal hombre ni mala mujer, sabiéndome

yo guardar? Anda de ahí, no me lo digáis mas, si me quereis tener por amigo.» Por lo cual Claudino calló, y á cabo de dias prestóle sobre una buena prenda dos ducados, sin haberlos menester, los cuales le volvió el mismo día.

Después, de allí á dos semanas volvióle á suplicar que le prestase cinco ducados, y Filemo se los prestó, no queriendo tomalle prenda ninguna, los cuales le volvió pasados tres dias, y de allí á muy poco tiempo le volvió á pedir prestadas diez piezas de oro, y también se las dió. Pasado un mes, pasados dos, pasados tres, viendo Filemo que no le volvía sus dineros, dijote un día: «señor vecino, ¿por qué no se acuerda de volverme aquellos dineros, viendo con cuánta voluntad se los presté?» A lo cual respondió Claudino: «¿qué dineros, ó qué haca? Yo os los he vuelto, no sé qué os decís.— Señor compadre, dijo Filemo, no me los habeis vuelto, ni tal me podeis vos probar por cierto; pero yo tengo el merecido por no quereis tomar prenda; bien, la justicia lo averiguará todo, anda con Dios.» Ido, sin perder punto, le envió á citar por tres veces, y á la primera citación fingió Claudino que le habían robado la ropa de su botica y su capa juntamente, y que por este respecto no salía de casa. Cuando vino la postrera citación, dijo á Filemo: «señor vecino, ya veis que por no tener capa, dias ha que no salgo de casa; si quereis que comparezca delante del juez, prestadme alguna capa de las vuestras sobradas para que salgamos deste negocio.» El Filemo contento prestósele. Venidos á juicio, habiendo hecho Filemo su demanda, respondió Claudino, «que si le había dejado dineros, que ya se los había vuelto buena y cortesmente; pero mire vuestra señoría cuán mal hombre es este, que si á mano viene dirá la capa que yo traigo es suya.» Respondió Filemo: «si que es mia.» Dijo Claudino: «¿veis si digo yo verdad, señor?» Entonces dijo el juez: «jurad aquí: ¿vos debeis los diez ducados?» Respondió Claudino: «juro, señor, que así es la capa suya, como yo le debo los dineros; por do dió por libre el juez á Claudino, y Filemo se fué á su casa muy congojado. Y á la noche tomó Claudino la capa de Filemo y los diez ducados, y fuése á su posada, diciendo: «buenas noches, señor confiado; no os alteréis por verme; sosegaos, por amor de Dios: primero y principalmente, veis aquí vuestra capa, y mas los diez ducados; todo esto no lo he tramado sino porque conozeis qué es lo que puede hacer un mal hombre y una mala mujer.» Entonces Filemo le abrazó, agradeciéndole desde allí adelante el aviso que le daba.

## PATRAÑA DIEZ Y NUEVE.

Tancredo causó, y Febea  
Que á Brandiana culpasen,  
Dos hermanos peleasen,  
Sin cometer cosa fea.

En el reino de Escocia hubo un rey, llamado Aquileyo, mancebo y de buena fama, el cual cayó malo de cierta enfermedad que Dios fué servido que tuviese. Y viniendo al paso de la muerte, prometió, que si Dios le libraba de aquella aflicción, y le restituía en su sanidad pasada, de hacerse monje, y servirle todos los dias de su vida en religion. Fué pues el caso, que en breve tiempo estuvo bueno, y para efectuar lo prometido llamó á un hermano suyo que tenía, dicho Calimedes, que ya muchos años había que era casado, y tenía una hija, llamada por nombre Brandiana, y lo depositó en su silla y estado real, y lo hizo jurar por rey, de los grandes de su reinado, y él se puso monje en la abadía de Sancta Flor.

Pues como Calimedes asistiese por rey de Escocia, y sus grandezas y liberalidades se manifestasen que usaba, no tan solamente con sus vasallos, mas con todos los extranjeros; y por otra parte las virtudes y gracias de su hija

Brandiana, asistieron á su corte innumerables y grandes señores. Entre los cuales vinieron dos hermanos, hijos del rey de Bretaña, el uno llamado Ricardo y el otro Duldido, y el hijo del duque de Albania, dicho Tancredo. Ricardo, como viese que era igual en grado de la infanta Brandiana, púsose á servirla de tal manera, que hizo por su servicio en la corte infinitas fiestas, así de torneos como de justas y otras galas, saliendo siempre con su honra por ser esforzado caballero. Por lo cual la reina y el rey Calimedes se holgaban dello, y le tenían en reputación de hijo, y le hacían muchos favores y mercedes de cadaldía.

De otra parte, Tancredo no había dejado de servir con toda su posibilidad á la infanta Brandiana, y conociendo el poco fruto que sacaba dello, y cuán favorecido era Ricardo, quiso probar por otra parte si alcanzaria aquello que tanto deseaba; y fué, que se puso á requebrar á Febea, doncella muy amada y querida de la infanta Brandiana, de tal manera que en breves dias alcanzó della todo cuanto quiso, y las mas noches dormía con ella á su contento; porque secretamente subía por cierto lugar oculto, con una escalera de cuerdas, á la media noche, cuando todo hombre sosegaba. Con estos amores tuvo oportunidad de rogar á Febea, que no dejase de dar un tiento á Brandiana, cómo él noche y dia penaba por sus amores, y que si ella acababa que le favoreciese y por cualquier vía casase con ella, que de su parte le prometia siete mil ducados en dote. Concediéndoselo Febea, de una parte rehusaba por no ser ingrata contra sí misma en perder su nuevo amante, y de otra la esforzaba el dote prometido: en fin, que convencida del interese, se lo dijo á Brandiana; mas como Brandiana tenía en su corazón á Ricardo, no hizo caso de Tancredo, antes amenazó á Febea, si tal negocio mas le boquease.

Habida la desabrida respuesta, Tancredo trabajó de mas continua amistad con Ricardo, y le dijo un dia en secreto: «señor Ricardo, por el amistad que nos tenemos, yo querria que entendieses, como claramente entiendes y sabes el mucho tiempo que sirvo á Brandiana; y pues se sabe que mis trabajos y servicios son para casarme con ella, y el rey, según tengo entendido, ningun desvío dará en ello, querria que dejases de hacerme contraste, y que no fueses tras lo incierto.» Ricardo le respondió: «maravillado estoy de tí, Tancredo, que antes que yo bien la quisiese tú la amases, ni que por tal respecto la hubieses tan solamente mirado; pero dejemos eso aparte: ya sabes el amor que Brandiana me tiene, que de solo ser mi mujer se precia, y porque desengañado quedas, has de saber que de su misma boca le he oído decir, que ver no te puede.— Ay, dijo Tancredo, en gran error siento que te ha puesto el amor ciego; pero si te tienes ser amado della, como tú dices y pretendes, vengamos á la prueba, y dime qué favores te ha hecho después que la sirves, que yo te diré los míos; y el que mas y mejores los haya recibido, aquel permanezca en su servicio.» Contento desto Ricardo, con juramento que hicieron á ley de buenos caballeros de tenerse secretos; empezó á decir: «has de saber, Tancredo, que Brandiana me ha jurado, que no ha de ser otro su marido ni esposo sino fuere yo; y por mas certidumbre me ha dado este anillo de su mano; y cuando su padre en esto no venga bien, me ha dado palabra de irse conmigo á Bretaña.» Respondió Tancredo: «si con eso presumes tenerte por seguro, yo te diré cosa que cuando la sepas, me ternás por mas dichoso que tú, y es, que no pasa noche desta vida que no duermo con ella.» En oírlo, Ricardo le dijo: «que él no podía creer semejante cosa.» Respondió Tancredo: «¿tanta confianza pones en mujeres? Pues aguarda, yo te lo haré ver la noche venidera con tus propios ojos.» Concertados, fuése Tancredo á Febea diciendo: «amiga y señora de mi corazón, de parecer seria si tú quisieses, que por quitarme de la fantasía á Brandiana,